

1974, p. 393). En cuanto a que Vallejo había confesado a un amigo de su confianza, que algún día habría de publicar un libro de versos titulado así, habría que conceder a Larrea el beneficio de inventario. Pero aún en el caso de aceptarse la existencia de dicha confesión, dicho título no tendría por qué corresponder a este poemario. En segundo lugar, que "Nómina de Huesos" sea el primer poema de este libro —supuesto cuestionado— no es *razón suficiente* para darle título por analogía a como "Los heraldos negros" es el nombre de la primera composición y el del poemario. En este caso *España* debería haber sido denominada "Himno a los voluntarios de la República".

El segundo título, *Sermón de la barba-rie*, está tan arbitrariamente extraído del poema "Sermón sobre la muerte", que pensamos que no es necesario detenerse en este punto.

Por todo lo anterior, somos de opinión que es totalmente infundada la pretensión de Larrea de que su edición de los *Poemas póstumos* sea "la primera edición que se realiza tras el fallecimiento del poeta, y sin liviandades intrusas" (p. 148). En caso de que así fuera, casi toda la literatura secundaria sobre Vallejo aparecida después de 1968 (Higgins, Escobar, Ballón, Jean Franco, Martínez García entre otros) sería inválida. En lo que sí tiene razón Larrea es que hasta hoy en día se ha manejado la edición de las *Obras poéticas completas* de 1968 en forma acrítica (pp. 146, 532). Lo que muestra la importancia de la filología también en el caso de la literatura contemporánea.

Muy criticable creemos que es la publicación de las así llamadas por Larrea primeras versiones de *España*. Se trataría de tales si constara que Vallejo las hubiera visto como poemas de alguna manera acabados, porque se conservan en hojas separadas o hubieran sido publicados previamente. Pero considerar que la primera escritura de un poema, antes de ser corregido, constituye una primera versión, nos parece ser un gran error. De lo que aquí se trata es sin duda de las variantes de *España*, que hubieran debido ser publicadas en el aparato crítico respectivo.

No hubiera debido figurar en una edición crítica de la *Poesía completa* de Vallejo su disertación "El Romanticismo en la Poesía Castellana" —aunque pueda ser muy útil a los vallejeistas extranjeros contar con ella en esta edición, ya que su edición limeña es difícilmente asequible fuera del Perú. Es discutible que se haya incluido en este vo-

lumen el Anexo "Perfiles dilucidatorios de la experiencia erótica de Vallejo en el Perú". En cambio, son muy útiles, aún siendo muy cuestionables, el ensayo introductorio de carácter sobre todo biográfico "César Vallejo poeta absoluto", los "Ensayos y esclarecimientos biográficos", el "Ensayo de ordenación cronológica de los poemas de Vallejo anteriores a Trilce", el "Vocabulario de las obras poéticas de Vallejo" —pese a que allí no se dé ninguna razón para justificar que los Diccionarios empleados para confeccionarlo hayan sido manejados *de facto* por el poeta— y la "Bibliografía de y sobre César Vallejo".

DAVID SOBREVILLA

Mario Florián: *Ayar Kachi ha vuelto al Anti con su warak'a de nervios*, Lima. Editoria Nueva Educación, 1972.

En el *Mito de Pacari-Tampu*, el anónimo poema de los hermanos Ayar, se presenta la creación del imperio incaico por hombres que surgen desde la tierra, de una pacarina o "aposento del amanecer", vale decir, la vía de enlace entre la superficie y el aliento vital del *kay pacha*.

Por desaveniencias entre los hermanos, Ayar Kachi, el fuerte, el que abría quebradas con su brazo, el hondero que derribaba cerros y formaba valles, es encerrado en la cueva de Tampu-Tocco, durmiendo un sueño de siglos.

El hermoso poema *Ayar Kachi ha vuelto al Anti con su warak'a de nervios* de Mario Florián retoma la historia. Ayar Kachi, el temible, despierta e indaga por los *runas* de estos tiempos. Los XV cantos de este poema épico-lírico nos presenta lo que le ocurre al misterioso personaje que vuelve desde el mundo de las sombras a la claridad de los nuevos tiempos: atisba los confines, se duele de la condición de los hombres del campo, aprehende el desnivel social, la injusticia, y, haciendo temblar los cielos y tierra, se decide lanzar una piedra con su terrible warak'a para restablecer el equilibrio.

Ayar Kachi no estaba muerto —nos dice el poeta—, Ayar Kachi permanecía latente en la tierra:

No estaba muerto  
¡No!  
Ayar Kachi dormía  
¡Era trueno!  
¡Relámpago!

Aquella fuerza sobrehumana de estirpe andina, soplo de los *waris*, despertó poco a poco, movió su firmeza y emergió humeante y abrasador, "titánico, colérico —terrible protesta de la tierra!— con su honda de justicia entre las manos".

Nadie le oyó decir  
palabra. Era una mole  
dando saltos. Quería  
medir con los ojos de su cara,  
probar con los labios de su sangre,  
el llanto,  
la muerte,  
el homicidio,  
la destrucción total de su progeie.

Ayar Kachi contempla la muerte en todo el Anti. Percibe el sollozo, el eco de los gritos funerarios de pongos, colonos, comuñeros, yanacunas, que, para siempre, cayeron por rescatar sus árboles, fuentes, piedras, rebaños y frutos: "que vidriaron sus ojos por las balas / de fusil / de metralla / de guardias a caballo"...

El héroe no llora, detiene su cólera, es-cudriña en lontananza e indaga a los muertos. Toma conocimiento. No comprende el abuso, el caos, la injusticia, la insostenible orfandad y complicidad del silencio... Entonces Ayar Kachi se va en busca de los *runas*. Ya ha escuchado a los muertos, ahora quiere oír a los vivos. Y a la sombra de un añoso chachakomo se presenta ante los hombres:

Yo dormía. Dormía en Tampus'okko,  
sin abrir las orejas a mi pueblo,  
que es carne de mi carne, lloro de mi  
//loro.

He reposado siglos. Cuando un día  
—ayer nomás—, un grito que no era  
de prójimos sino de muertos, imuertos!  
vivificó la llama de mis huesos,  
y desperté. Rompí la dura cárcel.

Un viejo *yaya* le narra los acontecimientos del transcurso de los tiempos. Ayar Manko los organizó. Les dio trabajo, guerra, fiestas. El *yantar* abundaba. Se extendieron los caminos y los *tampus*... Hasta que un día pusieron pie en la tierra barbudos extranjeros que mataron al inca y se adueñaron de la tierra. Asesinaron a los *hatunrunas*, crearon ilimitadas encomiendas y se convirtieron en señores feudales. "¡Sólo quedaron los *ayllus* / en las escarpaduras!", dicen. Los *runas* quisieron romper las ataduras, multitudes bravías cayeron y se apagaron para siempre los ojos redentores. Tupac Amaru fue descuartizado.

Más tarde, se levantaron los cachorros del patrón. ¡San Martín!, ¡Bolívar!, se escuchaba en los confines. Y los *runas* de los *ayllus* y los *siervos* de las haciendas cantaban sus *harawis*. La esperanza abría los brazos... Luego, ¡caudillo!, ¡presidente!, se oía:

Y el *runa* de los *ayllus*  
y el *siervo* de los feudos  
zurcían sus *harapos*...  
¿Y la heredad? ¿La tierra?  
La tierra proseguía  
en poder de los amos.  
¿De los amos? ¡Retoños  
de los amos de antaño!  
¿Qué maldición pesaba  
en tu pueblo, Ayar Kachi...?  
Tus criaturas, padre,  
ya no parecen hombres  
sino parecen perros.

Ayar Kachi da gracias al viejo *runa*. "Me llevo tus palabras en el corazón", le dice. Luego, entre la noche los cerros, se aleja por el sendero. ¿Adónde camina el héroe?

Surge otro día, diáfano, promisorio. La vida, la esperanza florece en mil colores:

Qué aire. Qué sol. Qué música terrestre.  
Qué color vegetal. Qué espiga de oro.  
Qué cielo transparente.

Qué júbilo. Qué flor. Qué nieve en  
/lontananza.  
Qué claridad de cúspides y fuentes.  
Qué tierra más feliz. Y, sin embargo,  
qué fúnebre la gente.

En los ojos de Ayar Kachi refulgía el sol. Su sombra se dilataba en el espacio. Ya conocía del dolor en la *pachamama*. Nervudo, enhiesto, con su *warak'a* al hombro se dirige hacia una hacienda.

Halló un puma que pasaba  
como viento, como brisa.  
Le habló el héroe: —¿Mi raza  
está o no disminuida?  
Dijo el puma: — ¡Condenada!  
Más allá encontró una espina.  
Le habló el héroe: —¿Mi raza  
está o no disminuida?  
La púa dijo: — ¡Atormentada!  
Más allá encontró una hormiga.  
Le habló el héroe: —¿Mi raza  
está o no disminuida?  
La hormiga dijo: — ¡Acobardada!

Ayar Kachi tenía el pecho inflamado.  
Las entrañas se le revolían: ¡Condenada!

icastigada! idescarnada!, idesagrada!,  
iesclavizada!, se repetía contra el viento.  
Y las peñas repicaban en retumbos: iada!  
... iada!... iada!... iada!...

Soy el único culpable de la suerte de mi  
raza, dijo. ¡Qué locura! ¡Qué pecado!  
"Como pude/ dejar sola, entre nublado,/  
a mi frágil criatura?"

Reluciente, lento, un pie tras otro, se  
acerca a una hacienda:

Una lágrima había en su faz pedregosa.  
Un color de agonía más helado que un  
/muerto.  
Dolor sobre dolores. Del dolor procedía.  
Iba al dolor. Llevaba su honda espacial  
/de nervios.

Así llega al límite de un fundo más grande  
que el cielo. Se encarama en un cerro. De-  
sata sus ojos y escudriña con lentitud. Aho-  
ra miro, ahora escucho, dice.

Oigo la sangre.  
Oigo las lágrimas.  
Oigo los muertos.  
¡Ganan las máquinas!  
¡Ganan las bestias!  
¡Pierde el hombre! ¡Pierde  
la humanidad...!

Hay niños huérfanos. Gritan las madres.  
Gimen los viejos. Hay hambre, pobreza,  
hediondez. Yanacunas y pongos comen  
los desperdicios de la mesa. Los colonos  
llevan señales del ganado y números de la  
hacienda.

Medita el héroe, calla, piensa. Sus ojos  
se pierden en el vacío. Por el sendero viene  
un jinete, erguido, sombrero alón. "Ahora  
miro —dice—./ Ahora alcanzo./ Columbro al  
sanguinario de regreso./ Está volviendo el  
puma a su caverna". Ayar Kachi se yergue.  
Alista su arma. Gira el brazo:

¡Y el cósmico Ayar Kachi  
una piedra lanzó con su warak' al!

Tembió la tierra. Retumbaban los cie-  
los. Luego vino el silencio... Los gamona-  
les perdieron la vida, las entrañas, la exis-  
tencia y los rebaños de cautivos. La tierra  
volvió a la edad primera.

¡Victoria...! ¡Sobre los muertos  
de ayer, una pequeña  
flor de oscilantes pétalos,  
ofrece al mundo, al hombre, su belleza...!

Se hizo la paz.

La exégesis que presentamos es un pálido  
reflejo de la fuerza y vitalidad de este  
grandioso poema, de este canto, a la causa  
de los pobres. Después de leerlo, sentimos  
en el pecho una angustia. ¿Es el héroe sólo  
una criatura de ficción? No. Quienes supie-  
ron crear, de las entrañas de los Antis, pie-  
dra sobre piedra, Sacsahuamán y Machu  
Picchu se erguirán alguna vez a la altura  
de sus tiempos. Los siglos serán testigos de  
la warak' a vengadora.

MARCO GUTIERREZ V.

Enrique Lihn. *A partir de Manhattan*. Val-  
paraíso, Ediciones Ganymedes, 1979, 70 pp.

La poesía de Enrique Lihn se ha caracte-  
rizado —entre otros aportes (el verso prosifi-  
cado que no decae, poesía contra poe-  
sía, utilización de la voz dramática, aleja-  
miento de la compasión) que no trataré  
aquí— por situar a las palabras en un espacio  
físico continuamente afirmado o negado  
por el Yo lírico. En esos lugares mítico-  
geográficos se suela dar el intercambio con-  
tradictorio (o, si se prefiere, dialéctico) de  
múltiples y significativos acercamientos  
poéticos. Y justamente lo poético de di-  
chos acercamientos es lo que permite la  
asimilación o el rechazo del lector a travé-  
s de juegos de internalización. Aquí la  
palabra *juego* la empleo con una advertencia:  
no lo lúdico intrascendente sino la ima-  
ginación del poeta en sus elaboraciones  
conceptuales y estilísticas.

Teniendo en cuenta esta característica  
me aproximaré al último libro de Lihn.  
*A partir de Manhattan* es, como todos sus  
libros, reconsideraciones alrededor de obje-  
tos en los que se cumple la incomunicación,  
el absurdo, la injusticia, lo anodino. En una  
palabra: la desolación del ser humano en  
el medio que lo enajena permanentemente.  
Poeta viajero, crítico de pintura, se podría  
decir que Enrique Lihn no ha salido nunca  
de sí mismo —como dice en un verso por  
aquí— si consideramos que sus valoraciones  
no dejan de lado el subjetivismo de la mo-  
rada. ¿Pero no es éste uno de los condimen-  
tos obligados de la poesía? En gran medida  
sí, pues todo depende de la *manera de*. Y  
Enrique Lihn, como dice un amigo mío, es  
tan buen poeta que hasta en sus momentos  
infelices acierta.

A través de esta mirada crítica escurrida  
por el tamiz del Yo, la realidad se muestra